

VAGANDO POR LOS MÁRGENES

ALFREDO CASTRO

Director y actor

Claudia Donoso y Paz Errázuriz se sumergieron durante varios años en el mundo marginal de los prostitutos-travestis de Chile, logrando un registro testimonial y fotográfico conmovedor que se plasma en el libro *La manzana de Adán*. En este libro se presentan los testimonios textuales y fotográficos



de un grupo de travestis que se mueven entre La Carlina (famoso prostíbulo clausurado después del golpe militar de 1973, regentado por la Carlina) y La jaula (prostíbulo de la ciudad de Talca). En estos textos-testimonios, reelaborados por Claudia Donoso, los travestis relatan su lucha diaria por sobrevivir y nos hablan crudamente del amor, la política, la vejez, la represión, el sexo, etc., pero desde la mirada de aquellos (como dicen sus autoras) "que no participan de la gran teleserie nacional". Es esta mirada, esta historia de Chile contada desde los márgenes, estas imágenes que despiertan el extraño sentimiento de ser chileno, lo que me motiva a poner en escena el libro *La manzana de Adán*.

Primeros materiales-primeros impulsos

Nuestro primer trabajo es la aproximación desprejuiciada al material e intentar descubrir "cómo" y "qué" hacer con él.

Una foto: Un travesti sostiene entre sus dedos, delante de ella, un vestido blanco, como si se sostuviera a sí misma. Está en ropa interior, exponiéndose en el signo equívoco. Seduce... guarda un secreto.

Un texto: "...para el golpe nos llevaron a todas a un barco que había arraigado en el puerto...su cuerpo

apareció en el río Mapocho, todo clavado por bayonetas...en el Instituto Médico Legal nos dijeron: éstas no son cortaplumas, son bayonetas...".

Esta imagen y este texto nos dan una idea aún teórica del "cómo" y "qué" que deberían traducirse en la actuación en:

-Discurso directo. Despojado. Sin auto-compasión.

-Historia de Chile contada desde la abyección que hace libre y santifica (Genet).

-Se susurra al oído la historia verdadera.

-Se identifica, no se imita.

-Se habla muerto.

-Sostenerse a uno mismo en el aire.

-El acto sonámbulo de actuar.

-Exponerse como un cuerpo indefenso frente a las bayonetas.

-Seducir.

-Guardar siempre un secreto.

-Soledad, desamparo.

-Signo.

- Crueldad.
- Amor.

Dramaturgia

Entiendo por dramaturgia la re-interpretación del texto dramático literario con el propósito de desentrañar el texto virtual de la puesta en escena.

Los elementos de análisis de esta dramaturgia son:

Texto: En el libro *La manzana de Adán* no existe el propósito de contar una anécdota, sino que intenta pensar la vida como ésta se piensa, es decir a retazos, lagunas y olvidos. Reflexionar en fragmentos de ideas, de emociones, de imágenes. La fragmentación del discurso que Claudia propone en sus textos, más la intuición, me llevan a organizar el texto dramático de la puesta en escena en forma no anecdótica sino en torno a las atmósferas y a los grandes temas que estos testimonios tocan, como el actor, el dolor y la

muerte, dejando que la dialogación (que al tratarse de testimonios no existía) se produjera en el espacio escénico a través de la fuerza de las imágenes, de las emociones de los actores. Este diálogo emotivo-espacial debía lograrse también con los espectadores, susurrándoles al oído la verdadera historia.

De los testimonios contenidos en el libro surgen con mayor fuerza los de: Leo-Evelyn, Keko-Pilar (su hermano), Mercedes (madre de ambos) justamente por lo que ellos son y representan: el núcleo familiar. En esta relación de Mercedes con sus hijos-hijas, la muerte (por el cáncer de Mercedes) está constantemente presente y amenazante y surge la madre como centro y eje de la puesta en escena. La imagen de esta madre que da y quita amor, que protege y abandona, se une a la imagen patética del Sr. Padilla, "viviendo", comiendo, bailando junto a la tumba de su madre muerta y a las historias comunes de todos estos marginales cuyas madres no son sus verdaderas madres, ni sus padres son sus verdaderos padres, amados, violados, aban-

Paulina Urrutia. Foto: Paz Errázuriz.



donados que añoran a esa Madre buena y verdadera: la gran mami de Chile.

Temas: La madre, el amor, la seducción, la represión, la pérdida, la soledad, el sexo y la muerte.

Texturas y espacios escénicos:

-Un suelo de parquet encerado, brillante, que devuelve la imagen limpia, que hipnotiza.

-Un papel mural que oculta el adobe.

-Un espejo que reproduce al infinito el signo equívoco y devuelve cruelmente el engaño. Espejo que seduce a las Alicias a traspasarlo con la ilusión de un mundo al revés, en donde los signos son equívocos, engañosos, mágicos y, por lo tanto, en donde las Alicias de la Carlina serían reinas.

-Unas japonesitas rescatadas del pequeño escenario de la Carlina:

Japonesa-Padilla

Japonesa-Leo

Japonesa-Keko

Japonesa-Iván, una por cada uno, geishas serviles, masajistas, confesoras de los hombres, guardianes de secretos.

-Una fotocopia de la madre, esqueleto de una foto. Polvito de la mamita muerta.

-Una franja negra como la muerte que pesa sobre las cabezas de las japonesitas y en donde la madre talla con dolor su corazón, jeroglífico de amor.

-Un piso de cocina donde la madre vuela, se suspende en el aire, casi inalcanzable para sus hijos-hijas, volando de amor, nostalgia, poder y muerte.

-El pelo suspendido por un hilo torturador, camuflado, como una trampa para conejos, de cuyo extremo cuelga un pinche de pelo atrayente como una trampa para ratas.

-Una casa.

-Boleros, rancheras, cuecas.

La relación inconsciente entre la imagen y la idea, entre lo real y lo imaginario, es decir, la *metáfora*, me hace descubrir semejanzas ocultas entre las cosas. Cuando en el espacio pongo a la madre, las mujeres-hom-

bres, las japonesitas, la fotocopia, el espejo, el mar, etc., estos elementos evocan en mí una emoción que ninguna otra combinación de seres humanos, espacios escénicos, emociones y elementos podrían evocar. De ahí surge el signo personal y único que nace de la vida propia y la profundidad del espíritu.

La actuación

El poder que ejercen sobre un actor los textos-testimonios de *La manzana de Adán* nos llevaron en un comienzo a la necesidad de conjurarlos. Nuestra primera aproximación al texto se constituyó en un crimen. Asesinamos los textos llevándolos en la imagen y en el "decir" a lo más burdo, obvio y carente de imaginación: asumir el vestuario y la máscara travesti y la imagen igualmente burda de vieja en el caso de la madre.

El resultado fue obvio: un texto muerto.

De este proceso surge el actor liberado del cliché y el prejuicio, pero lanzado al dolor de "no saber qué hacer". Se asume "la nada" y lo desconocido.

Se despoja al actor de pelucas, pestañas y maquillaje, y este despojo material se metaforiza en despojo interior. Quedan como signos poderosos la ausencia de cejas, los elásticos aprisionando el torso para formar pechos de mujer y el signo del elástico al cuello que cubre "la manzana de Adán". Sin embargo, y aún sin saber por qué, Padilla conserva su disfraz casi idéntico al real. Rancheras, cuecas.

El poder de las imágenes ocultas, motivadas por las imágenes concretas que los actores comienzan a tener, se empieza a develar cargado de nostalgia. La nostalgia por todo lo perdido, por todo lo vivido y por un sentimiento casi desconocido por todos y que nos emocionó descubrir: el sentimiento de ser chilenos. Fue en ese momento que el texto empieza a arraigarse en el sentimiento de estar hablando con la consciencia colectiva del país, y las palabras, los lugares físicos, los nombres propios, el golpe de Estado, cobran en el actor el lugar en su emotividad

e imaginación que le corresponden. No hay necesidad de explicar un texto, se le deja vivir en uno.

En este despojo, solos, encerrados por una luz cruda, sin explicar nada, hablando de y con Chile, era inevitable estar expuestos y tocar fondo en el dolor propio.

Respetar lo privado, guardar un secreto, huir de la autocompasión, nobleza en las emociones, el gesto único.

El cuerpo en la hoguera del que habla Artaud...

Saber dónde sucede la vida; en las palabras, en los gestos...

Trasladarme al centro del océano, de pie sobre el agua, con el viento soplando fuerte y la profundidad y la oscuridad debajo... hablar como en susurro, como si ya se estuviera muerto.

Y tantas otras imágenes surgen de este trabajo cuando se produce el fenómeno maravilloso de sentir que las palabras vuelan, no de un actor a otro o de un personaje a otro personaje, sino al pasado, a la historia de Chile, a la infancia, al futuro, a la emoción que provoca en los actores las semejanzas ocultas entre los textos-testimonios reales, violentos, crudos y la imaginación, uniéndose en la poesía y el dolor. Cobran vida la fotocopia, el espejo, las japonesas y los actores.

Lo grotesco de Padilla, que quebraba toda la unidad en el despojo, se nos aclara sólo cuando lo vemos en el suelo, patético y desarmado, como una lámpara que perdió sus lágrimas, llorando a la madre ausente que todos lloramos, y se nos devela su disfraz como eso, un disfraz social excéntrico...un disfraz.

Presentaciones

El trabajo de años de Claudia Donoso y Paz Errázuriz no fue un trabajo fácil, sino a veces arriesgado y también con la cuota de dolor que todo trabajo artístico serio que salga de los márgenes implica.

El respeto que ellas sienten por los protagonistas de estas historias y el carácter no



Alfredo Castro y Paulina Urrutia. Foto: Paz Errázuriz.

sensacionalista con que tocaron el tema del travestismo, sino de extrema sensibilidad, nos hizo casi en forma espontánea, determinar que la obra no debía ser expuesta como una obra más de la cartelera. Fue así como se escogió una casa deshabitada que ofrecía un espacio escénico muy adecuado para la puesta en escena y la atmósfera que se requería.

La cercanía de los actores con los espectadores por las características del espacio, siempre provoca a ambos una cierta inquietud, pero desde las primeras representaciones y hasta el día de hoy, después de ocho meses, seguimos sintiendo miedo.

Embarcarse en un viaje a lo desconocido porque las imágenes de soledad y muerte, infancia y futuro, madre, mar, tortura, sexo y ese diálogo sordo, metafísico que se establece con los espectadores, crean una atmósfera tan poderosa que el miedo es inevitable.

Desde el instante en que suena la música, antes que los espectadores entren en la sala, se siente a la nostalgia apoderarse de uno y se abandona, se expone, se peligra.

La música fue para nosotros una de las motivaciones más importantes durante el período de ensayos. En un principio recurrimos a boleros y rancheras, hasta que Miguel Miranda, que ha compuesto la música de todas nuestras puestas en escena, llegó con la música definitiva. Esta tenía las mismas pulsaciones que nosotros y potenciaba nuestra carga emotiva como también los textos. Esa música resonaba en nosotros trayéndonos el recuerdo de nuestras *nanas* escuchando el programa radial *México ríe y canta*, pero a la vez, sumiéndose en esa nostalgia, magia y encantamiento que trascendía lo cotidiano y anecdótico, recorriendo el subterráneo de la ranchera y el bolero. Como siempre ha sucedido con la música de Miguel, se incorporaba un actor más a la obra y se le asumía como tal, dejándola hablar y dialogando con ella.

La manzana de Adán corresponde al cruce de muchas coordenadas, partiendo por Claudia y Paz que, vagando por los márgenes, acceden a este mundo marginal para contar la historia de un modo diferente, motivadas por el amor. Amor y respeto que las hace huir de la cultura oficialista y el circuito morbosos de artistas profitando de la crueldad. Estas mismas son las motivaciones del Teatro la memoria para iniciar un trabajo cuyos objeti-

vos están puestos al interior del grupo y no fuera de él. También La memoria ha desarrollado su trabajo al margen del circuito oficialista de antes y ahora, por una necesidad de autonomía que nos define como grupo. Valoramos las diferencias que existen entre nosotros mismos, y nuestra convivencia y creación surge de nuestra distinción.

La puesta en escena, para nosotros, trasciende el texto literario y ha modificado nuestra concepción de lo que es la actuación, el personaje, para avocarnos al descubrimiento de la magia, de la relación inconsciente entre lo real y lo imaginario, a creer a partir de la propia experiencia que el personaje, como se concibe en el teatro tradicional, no existe, sino que es el propio actor que, pasando por su dolor (aquí hablo de existencia), tocando las zonas peligrosas de su interioridad, desencadena una acción que nace de la profundidad de su ser.

La manzana de Adán se inscribe dentro de una trilogía que hemos denominado Memoria testimonial de Chile, que pretendemos sea justamente eso: dar un testimonio de nuestra historia a través de la puesta en escena, transformando el espacio escénico en un espacio poético en el cual se transite de lo real a lo imaginario ejerciendo el derecho a la imaginación, a la libertad creadora, utilizando para esto nuestras obsesiones, nuestro dolor y nuestro amor.

Es precisamente en esta obsesión que hemos coincidido los actores Paulina Urrutia, Amparo Noguera, Rodrigo Pérez, Luis Gnecco, el músico y compositor Miguel Miranda, el artista visual Rodrigo Vega (quien plasmó con extrema sensibilidad y creatividad nuestros fantasmas en la gráfica de nuestra puesta en escena), con Claudia Donoso y Paz Errázuriz para, a partir de su trabajo, crear este espacio de encantamiento en el que día a día nos sumimos en nuestra nostalgia de ser chilenos. •

Rodrigo Pérez, Alfredo Castro y Amparo Noguera. Foto: Paz Errázuriz.

